

LA OBJETIVIDAD COMO NEUTRALIDAD AXIOLÓGICA. LÍMITES DE UN SUEÑO MODERNO.

DOMINGO BAZÁN CAMPOS * **

RESUMEN

Se aborda críticamente la noción de objetividad surgida en el contexto epistemológico de la ciencia moderna, mostrando las posibilidades y conflictos de una objetividad entendida como neutralidad axiológica. En este esfuerzo se recurre a la propuesta epistémico-sociológica desarrollada por el alemán Max Weber. Tras revisar las aproximaciones weberianas al proceso de racionalización del mundo y del papel de los valores en la labor científica moderna, se argumenta y enfatiza el valor de una objetividad relativizada. La objetividad relativizada es entendida aquí como un indicador de calidad del conocimiento científico social, resultando ser pertinente a la naturaleza de lo socioeducativo y confiable (creíble) a partir de procesos crecientes y rigurosos de construcción de la realidad socioeducativa. Finalmente, se proponen algunas implicancias para la investigación pedagógica.

INTRODUCCIÓN.

La discusión en torno al papel que deben jugar los valores en el campo de las Ciencias Sociales, aún no se apaga y, claramente, ha encontrado un espacio en lecturas más interpretativas o crítico-sociales de la investigación social. Con todo, ni a la Sociología ni a la Politología, por nombrar dos connotadas disciplinas sociales, les ha interesado asumir una respuesta única, inequívoca, o mínimamente consensuada, frente a este punto; al contrario, la falta de respuesta ha potenciado una interesante discusión de carácter epistemológico (como en el caso de la célebre discusión que enfrentó a Popper y a Adorno).

No se trata, por cierto, de una empresa libre de dificultades en cuanto se está hablando de una rama del saber cuyo objeto de estudio es el hombre mismo y que, además, se orienta por una diversidad de miradas epistemológicas. El nudo mayor aquí es el enorme peso que posee el paradigma positivista - exitoso más bien en las Ciencias Naturales - y, sobre todo, la idea de la neutralidad axiológica de la ciencia.

* Profesor de Ciencias Naturales y Biología, U. Católica; Licenciado en Educación, U. Católica; Diplomado en Ciencias Sociales, ILADES; Doctor © en Educación, U. Ramón Llull, Barcelona.

** Académico, Escuela de Educación, UCINF.

Como sabemos, la ciencia moderna ha sido definida y defendida como la herramienta más fecunda que ha creado la humanidad y uno de sus principales rasgos, que se sostiene enfáticamente, es justamente la capacidad que tiene de decir cosas del mundo desde fuera del mundo, esto es, sin apelar a valores o a la capacidad de generar significados por parte del investigador o la comunidad científica.

En el caso de la Pedagogía, como reflexión sistemática sobre la educación enmarcada en las Ciencias Sociales, esta problemática es crucial. En efecto, la reflexión epistemológica actual lleva a preguntarnos: ¿puede o debe una ciencia social operar de modo independiente de los valores?, ¿puede la ciencia pedagógica abordar la construcción de saberes de modo objetivo?.

Tales interrogantes han recibido una variedad interesante de respuestas; sin embargo, para los propósitos del presente texto interesa presentar una aproximación al tema de la neutralidad axiológica a partir del aporte de Max Weber. Se considera al economista y sociólogo alemán Max Weber como uno de los fundadores del pensamiento sociológico moderno. En su trabajo más famoso, como se sabe, "La ética protestante y el espíritu del capitalismo" (1904-1905), Weber exploró la influencia de los valores éticos y la religión en el desarrollo del capitalismo. Una relectura de Weber ha permitido, en los últimos años, limpiar la versión tan positivista que de él nos hiciera Talcott Parsons y se lo ha reubicado en las raíces más profundas del conocimiento científico social de inspiración interpretativa (en especial, por la traducción que de "Economía y Sociedad" hiciera Talcott Parsons).

En este contexto, se expone primeramente la situación convergente de la ciencia y la política -tal como está expuesta en la obra weberiana- que expresan un camino común de distanciamiento y de renuncia a la "pregunta por el sentido". Luego, aprovechando otros autores, se profundiza y se sugiere una diferenciación conceptual al tema de la neutralidad axiológica propuesta por Weber. Aquí se argumenta la imposibilidad de una ciencia, cualquiera que sea, de operar con una objetividad plena o absoluta.

Finalmente, se aborda algunas implicaciones de la noción epistemológica defendida con respecto al potencial transformador de la investigación pedagógica. La idea central es que América

Latina no requiere de una ciencia pedagógica neutral, desinteresada del sujeto y de sus significaciones; al contrario, nuestros países merecen una pedagogía comprometida con los problemas de los marginados. Lo otro, el esfuerzo positivista aislado y monopolístico, es sencillamente una actividad intelectual intrascendente y elitista.

EL DISCURSO WEBERIANO SOBRE LA CIENCIA Y LA POLITICA

La gran obra weberiana sugiere que lo propio de las sociedades modernas debe escudriñarse en las características de su racionalismo cultural, destacando para Occidente una modernización encarrilada en un complejo proceso de racionalización cultural.

Tal mirada teórica podría ser abordada, según nos señala Cousiño, en tres dimensiones (Cousiño, 1990):

- a. los estudios de Weber sobre sociología de la religión (donde se desarrolla una racionalización ética cuya máxima expresión es el protestantismo ascético);
- b. en el nivel social, abordando el proceso de burocratización en función de las formas del Estado y el Capitalismo;
- c. en un nivel más micro o de la cotidianeidad, incluso volviendo sobre categorías religiosas, en el cual Weber vigila los procesos de modernización y racionalización de la conducta.

Lo anterior, en una postura epistemológica centrada en el problema del valor, obliga a comprender la significativa congruencia entre los discursos weberianos sobre la política y la ciencia.

En efecto, existe una estrecha relación entre ambas toda vez que Weber se preocupó de dar a la política una base epistemológica coherente con su discurso de la ciencia. Es más, ambas se constituyen en aspectos relevantes al interior de su análisis sociológico de la racionalización y

burocratización del mundo. En este contexto, se rescatan dos puntos claves en la articulación entre ciencia y política: el tema del desencantamiento del mundo y el tema de la neutralidad axiológica.

Sobre el desencantamiento del mundo, Weber lo sugiere como una reflexión sobre el nivel de racionalización y burocratización al que se puede llegar en un mundo occidental moderno y secularizado. Lo que distingue al mundo moderno es una separación de las esferas de lo bueno, lo bello y lo verdadero. Tal divorcio, que en la premodernidad implicaba una armonización exitosa y dura hasta que Kant retira el fundamento divino del saber, ahora como posibilidad es traumática, pues ha emergido de un cierto ethos individual e institucional, en un complejo proceso de diferenciación sociocultural.

Como resultado del creciente predominio de la razón tecno-científica del mundo moderno, sucede que lo bello no tiene que ver con la ciencia (lo verdadero) ni con lo bueno (la ética y el derecho racional). El hombre parece incapaz de reunificarlas y termina por desencantarse. El proceso de diferenciación sociocultural señalado significa que el hombre se distancia de Dios y del mundo (lo propio de la teología protestante), quedando liberado (o expuesto) a su propia capacidad para decidir instrumentalmente cómo hacer y cómo pensar de modo eficiente. El protestante, sugiere Weber, deja de estar en el mundo, generándose una tensión entre “lo que es “ y “lo que debe ser”.

Sin duda, lo expuesto origina el desafío de “reencantar el mundo”, como señala Morris Berman pero, además, y es lo que interesa aquí, pone a la vista una serie de obstáculos de orden epistemológico y sociocultural que afectan tanto a la ciencia como a la actividad política.

Con respecto a la ciencia moderna, de acuerdo a los modos de proceder racionalistas y empiristas que la fundaron, ella no puede hacer la síntesis de lo bello, lo bueno y lo verdadero. Tampoco puede fusionar o unir “lo que debe ser” con “lo que es”, la relación con el mundo, toda vez que los valores y la razón pertenecen a dos lógicas distintas. Por esto, la ciencia ha quedado circunscrita a los espacios académicos y es víctima de una marcada burocratización. La ciencia moderna aparece, entonces, como un símbolo moderno de racionalización y secularización de la cultura.

De acuerdo a Max Weber, la ciencia no es capaz de dar un criterio objetivo para juzgar los valores, no puede pronunciarse acerca de los fines de la convivencia humana puesto que ellos pertenecen al plano de la subjetividad; esto impide un juicio por parte de la ciencia, cuyos fines van en otro sentido: la articulación objetiva de las subjetividades. Al renunciar a la pregunta por el sentido, la ciencia sólo puede pronunciarse sobre la adecuación medios-fines (racionalidad instrumental), aumentan así nuestros conocimientos y dominio sobre el mundo y ella se constituye, con su rigor metodológico, en un espacio éticamente neutral.

En el plano de la política, también se produce una contradicción entre el mundo de las decisiones políticas y los valores. Basta con pensar en los obstáculos éticos y técnicos que implica resolver el problema de la contaminación de una ciudad para estar de acuerdo en esta idea: este es un ejemplo del dilema entre el político (valores) y el científico (decisiones racionales).

Siguiendo a Weber, es posible afirmar que lo propio de la política es el acceso y uso del poder. Toda estructura social lo requiere y lo utiliza para el intercambio y la integración, así como para imponer a los otros una determinada forma de hacer las cosas. En esta línea, el poder no se puede eliminar (como le interesaría a los defensores de una "ética fraternal") y ocasiona una tensión entre lo valorativo y el mundo social, entre ética y política. Nuevamente se observa un quiebre, una desvinculación entre los valores y el mundo de la política. La sociedad moderna ha optado aquí por hacer primar los criterios tecno-científicos y por aplicar una visión de la vida que apela a la idea de la neutralidad axiológica. Por otro lado, en una mirada que nos liga nuevamente con el tema del desencanto, la política no es capaz de realizar los valores en el mundo, es decir, no puede realizar los fines últimos.

Sin embargo, Max Weber desea superar esta situación de neutralidad ética de la política y propone la siguiente distinción: ética de la convicción y ética de la responsabilidad. La primera dice relación con los fines últimos, aquí el sujeto obra en función de valores sin evaluar las circunstancias y las factibilidades históricas. La ética de la responsabilidad, por su parte, supone una orientación hacia valores pero haciéndose cargo de las consecuencias y con una buena dosis de "calculabilidad". Esta es la ética que debe definir, señala Weber, el quehacer político. Así, la política tiende a alejarse

de una elástica y vaga ética, referenciándose ahora por valores últimos pero enlazando positivamente el poder y la ética. Con todo, se trata de una neutralidad con respecto a la ética de la convicción y un reconocimiento de la necesaria existencia de una ética de la responsabilidad en el plano de la acción política.

Max Weber va un poco más allá en su propósito de modificar el valor epistemológico de la idea de neutralidad axiológica, aproximándose en este intento a la vertiente metateórica denominada hermenéutica. Es más, el hecho de que autores más recientes como Martin Heidegger, Hans-Georg Gadamer o Jürgen Habermas sean más fácilmente asociados con la hermenéutica, no merma o elimina de modo alguno la existencia de una hermenéutica weberiana. De hecho, con George Ritzer se reconoce hoy que Max Weber trató de usar las herramientas de la hermenéutica para entender los actores, la interacción y asimismo toda la historia de la humanidad.

De este modo, en un verdadero ejercicio hermenéutico, Weber se propone traer la ética de la responsabilidad al campo de la ciencia, donde es posible distinguir "juicio de valor" de "referencia a valores". Lo primero resulta despreciable y lo segundo esencial a la tarea de realizar valores en el mundo, permitiendo sobrellevar la compleja "jaula de hierro" en la que habitamos los hombres en un mundo cargado de sobreracionalización y de fragmentación.

Se trata, en suma, al hablar de la política y la ciencia, de dos campos en los cuales el sujeto ha ido perdiendo presencia hasta terminar siendo excluido. Y es así en cuanto la ciencia se desconecta del sentido, y la política, a través de la legalidad, se desconecta de los valores.

Hay aquí una paradoja, por cierto, pues es en la época de mayor racionalidad donde el hombre parece actuar más irracionalmente (sin sentido y sin apego a valores). De acuerdo a lo aquí señalado, detrás de esta paradoja, hay una idea ciegamente impuesta, un rasgo atribuido de modo forzado a la ciencia, la idea hegemónica de una cierta neutralidad axiológica intocada e invicta.

Con Weber queda claro que no es posible desprendernos de toda referencia a valores, pues los riesgos del desencanto son demasiado altos. Es necesario avanzar más en la comprensión de esta

noción de neutralidad axiológica que no es más que la apetecida objetividad de los modernos.

LA NEUTRALIDAD AXIOLOGICA COMO "OBJETIVIDAD RELATIVIZADA"

Es un error común en iniciados de cualquier ciencia –reforzados por algún tradicional manual positivista de metodología de la investigación– reconocer como legítima una ciencia que se autoproclama como portadora de la objetividad. Ello lleva a aceptar que la objetividad actuaría como un poderoso discriminante de la validez del conocimiento científico, una suerte de termómetro de la calidad que, así percibida, ofrecería el límite desde el cual le creemos o no a la ciencia.

Las Ciencias Sociales, incluida la Pedagogía, han sufrido esta regla de manera casi dramática, procurando, al igual que las llamadas "ciencias duras", estar a la altura de un conocimiento objetivo en que sujeto y objeto sean independientes o probando, en palabras de Restituto Sierra, que objetivo "se opone a subjetivo, que es lo que pertenece al sujeto o (...) está puesto por el sujeto en el conocimiento, y que, por tanto, en relación al objeto, tiene el carácter de psicológico y parcial" (Sierra, 1984),

Como sea, en la trinchera paradigmática que estemos, el tema sujeto-objeto es relevante. Sabemos que la objetividad, junto a rasgos tales como la racionalidad, la sistematicidad o la provisionalidad, se han constituido en indicadores potentes de "cientificidad". El tema, no obstante, requiere ser permanentemente reconceptualizado y es aquí donde resulta relevante el aporte weberiano.

Partamos de algunas categorías epistemológicas más o menos simples. El conocimiento, como se acepta comúnmente, vincula un sujeto y un objeto. El primero es el elemento de la acción de conocer (el investigador) y el segundo es lo conocible (la realidad). Esto nos pone frente a un obstáculo epistemológico básico: nuestra percepción es selectiva y limitada, es decir, el "mito de la immaculada percepción" ha debido dejar paso a la noción de que el objeto "no es la cosa o fenómeno parte del mundo exterior conocidos, sino lo que hay de inteligible en esa cosa capaz de ser percibido y captado en el acto de conocimiento" (Sierra, 1984). Tal obstáculo existe en toda ciencia, aunque les pese a

los positivistas o los científicos no sociales.

Si miramos al objeto particular de las Ciencias Sociales, podemos ver que ha sido definido como el "comportamiento humano" o como "la realidad social". En ambos casos supone un objeto cuya complejidad y variabilidad se alzan como serios obstáculos epistemológicos para el conocimiento científico social. Ya sea porque lo social es multicausal o porque es estocástico, lo relevante es que sujeto y objeto son una misma cosa, de tal suerte que es el hombre quien investiga al hombre. Esto pone en duda la objetividad del conocimiento o, al menos, del tipo de objetividad que se pretende, pues no se puede hablar de objetividad científica sin la constatación previa de un sujeto de investigación.

Ocurre, entonces, que en las Ciencias Sociales el sujeto investigador es un sujeto implicado profundamente, incluso en mayor grado que en otras formas de conocimiento. Así lo sugiere Jesús Ibáñez cuando creativamente declara: "Un físico es un trozo de materia que investiga la materia. Un biólogo es un trozo de vida que investiga la vida. Un sociólogo es un trozo de sociedad que investiga la sociedad. Todos son espejos que el universo se pone en su centro" (Ibáñez, 1991). Así se desprende, también, de la reflexión en torno a los niveles y formas de implicancia del sujeto-pedagogo cuando investiga su propia realidad social, laboral y personal.

La pregunta sería: ¿hasta qué punto se puede prescindir de la condición de sujeto implicado?. Esta interrogante alcanza pleno significado si reconocemos que la situación social del investigador puede influir en áreas tales como los problemas que decide o no investigar, las hipótesis que decide poner a prueba, las técnicas a emplear o, lo que es más claro, las interpretaciones dadas a los resultados de un estudio. Con Bourdieu podemos agregar que el ethos intelectual y/o cultural del científico actúan como filtros graníticos, como obstáculos de fuerte impacto, sólo superables con una permanente actitud crítica o de vigilancia epistemológica. (Bourdieu, 1975).

El sesgo allí generado nos lleva a reconocer que la supuesta neutralidad valorativa de la ciencia es una afirmación absolutista y, contradictoriamente, de suyo valorativa, propia de un deber ser de la ciencia que desconoce la naturaleza y la praxis del quehacer científico social. Cuando se acepta la presencia del componente valórico, de la subjetividad expresada en las células de una investigación

social, se reconoce "que el mundo social está construido por seres humanos dentro de un contexto histórico y que no existe ajeno a la conciencia humana (...) todo ser humano, incluyendo a los positivistas, interpreta lo que observa según sus modelos mentales y (...), por lo tanto, la objetividad es una ilusión. Al hablar del mundo social siempre se trata más de "percepciones" que de "hechos". Por lo tanto, es más honesto que el investigador reconozca sus valores y los haga explícitos, en vez de ocultarse tras una supuesta objetividad" (De Hernández y Anello, 1994)

En este punto de las ideas, parece acertado asumir las Román Reyes explicita con rigurosa precisión a propósito de la objetividad (Reyes, 1983):

- a. o realmente existe la objetividad;
- b. o absolutamente no existe objetividad;
- c. o es posible (la construcción de) una objetividad relativizada.

Resulta casi obvio, por lo ya expuesto, que la alternativa (a) debe ser descartada. La alternativa (b) aparece interesante, pero implica una mirada muy dicotómica que en nada beneficia la discusión; por lo demás, la epistemología más corriente la descarta por absolutista y por atentar contra los rasgos mínimos de científicidad (que dicen relación con ponerse de acuerdo, con la validez del conocimiento).

Queda la alternativa (c), esto es, aceptar que la objetividad disponible y posible es una objetividad relativizada. Pero, ¿relativizada a qué?

Responder a dicha interrogante nos lleva a reconocer que las Ciencias Sociales combinan elementos de subjetividad y de objetividad, en un movimiento recíproco y dinámico que aspira a objetivar conocimientos blandos y a aproximar conocimientos duros a escenarios sociales probables.

Además, hemos de aceptar que la subjetividad, en términos weberianos, es el motor del conocimiento científico social puesto que opera en los juicios y opiniones del investigador que opta

por lo “culturalmente significativo” y que, después de esta opción, debe perseguir la objetividad a través de la aplicación rigurosa del método científico. Nunca el investigador está libre de sus valores, él es un mundo de valores en un mundo valórico, pero tales valores, enfatiza Weber, se reconocen y declaran como un insumo de la investigación, neutralizados por la racionalidad del método científico, y no como una traba insalvable para el éxito de la ciencia.

Visto así, podemos precisar que existe un criterio sobre la objetividad en la obra de Max Weber. En efecto, con Cerda se acepta que “para él, la base de la objetividad se puede encontrar esencialmente en la actitud que adopte un sujeto para conocer la realidad social. Esta observación se sustenta en que los diversos individuos tienen una valoración cultural que se estudia. Weber plantea que el conocimiento científico de lo social no se encuentra en las grandes visiones o interpretaciones de los fenómenos sociales, sino en el conocimiento empíricamente adquirido y empíricamente verificable; sólo así se encuentra el sentido de los acontecimientos sociales de la historia diaria” (Cerda, 1994)

Lo que se argumenta, entonces, es que los sesgos valorativos del actor social no debieran eliminar la posibilidad de ser objetivos; tal posibilidad depende más del rigor metodológico y de las posibilidades de construir una teoría de los procesos sociales, en un claro ánimo, dice Weber, de reducir la infinitud de la realidad.

Weber, como el chileno Ernesto Moreno, no rechaza una explicación causal –aparente patrimonio de los objetivistas –, sólo las califica de probabilísticas o hipotéticas, en un camino donde la “objetividad científica no se liga ni es resultado de la explicación de un fenómeno o hecho a partir de leyes generales e inamovibles, sino que resulta del ordenamiento de la realidad infinita que se convierte en objeto a partir de categorías subjetivas de nuestro pensamiento y sustentados en valores acorde a un momento histórico y sociocultural” (Moreno, 1988). Esto se entiende, en suma, en el marco de una noción de ciencia como un sistema abierto, transitorio y relativo, destinado a buscar la comprensión a partir del significado cultural de los hechos históricos, renunciando a la búsqueda de totalidades o de esencias inmutables y futuribles del universo.

De paso, en esta noción weberiana de ciencia, se cierra la posibilidad de exigirle poseer la

verdad acerca de la historia y de su sentido único, estableciéndose una nítida ruptura con la tradición positivista que hacía de la predicción su principal objetivo. Antes bien, el desafío de lograr mínimos de objetividad en la ciencia representa una preocupación mayor, tarea asegurada para Weber a partir de la trilogía: referencia a valores - rigor metodológico - contrastación intersubjetiva.

ALGUNAS IMPLICANCIAS PARA LA INVESTIGACION PEDAGOGICA

El mérito de hablar de una objetividad relativizada, así como de haberla rastreado en el propio Max Weber, radica en el potencial de uso y transformación que esta noción encierra para el desarrollo de la profesión pedagógica.

Hoy en día, es creciente la aceptación de que lo social es tan necesariamente objetivable como subjetivable, sin que esto suponga una discontinuidad epistemológica insuperable o nefasta. Al contrario, el objetivismo relativizado representa un puente entre paradigmas antagónicos y aparentemente irreconciliables. Una misma realidad social se conforma de cosas y sentidos, cosas a las que les damos sentido y sentidos que necesitamos expresar en cosas. Para dicha realidad social, por cierto, no ha tenido ojos la investigación tradicional.

En los hechos, la objetividad relativizada significa, por un lado, reconocer la existencia de un sujeto valórico, el que actúa movido por fines, según Weber, y, por otro lado, reforzar la necesaria rigurosidad y validez que aporta una concepción pertinente del método científico social.

La actividad pedagógica es una actividad eminentemente asociada a valores. Lo formativo del hecho de enseñar es justamente la transmisión de valores, el sueño antiguo de "modelar" a las personas en la arena del bien común y de la esperanza. Este es un tema de plena relevancia pedagógica y está ligado a la discusión actual sobre los fines de la educación. Se usa aquí la idea de "modelar" al sujeto debido al enorme peso histórico de esta aspiración, aún reconociendo que se trata de una noción criticada como pre-constructivista (como sabemos, hoy se señalan otros fines educativos: mediar, emancipar, entre otros).

Paralelamente, la actividad pedagógica es también una actividad que construye y transmite saberes (conocimientos más o menos especializados). Esto apunta a la necesidad de mejorar la actual capacidad de epistemologización que posee la profesión pedagógica, tarea asociada a niveles crecientes de profesionalización docente que implican un conjunto de desafíos de orden epistemológico.

En este sentido, a modo de corolario, se retoman algunas tareas prioritarias para la profesionalización pedagógica:

a. Como ya hemos dicho en otro sitio, la pedagogía tiene el desafío de acotar de mejor modo su campo de acción propio. Esto se refiere a la necesidad de re-conceptualizar su objeto-materia -aquello que algunos denominan la praxis pedagógica- e integrar los aportes provenientes de otras disciplinas o ciencias. Tales aportes nos hablan de un "hecho pedagógico" complejo y de orden biopsicológico y sociocultural.

b. La Pedagogía, en un proceso creciente de epistemologización, debe asumir críticamente el conflicto epistemológico que define a las Ciencias Sociales y abrirse a los denominados paradigmas no tradicionales (el paradigma crítico o el interpretativo-hermenéutico).

c. La Pedagogía debe aceptar la distinción entre una "investigación sobre educación" y una "investigación en la educación". La primera es propiedad de las ciencias sociales en su conjunto (incluido un equipo médico-jurídico o equivalente) pues se refiere a la producción de conocimientos sobre la educación por parte de cualquier profesional. La segunda, en cambio, nos conecta con la investigación-acción en su vertiente más cualitativa, justamente aquella en la cual se reconoce el valor de un cierto saber pedagógico, generado desde la subjetividad, participación y reflexividad de los propios actores del sistema educacional.

d. En este escenario, recobra plena importancia el rol del propio educador en su condición de sujeto hermenéutico del acto pedagógico. Un educador aparentemente neutral, sin valoración de sus propias interpretaciones, sin respuesta a la pregunta por los valores personales (ethos), sin opiniones o argumentaciones que poner en discusión, sencillamente no logra construir

un real proceso formativo. De hecho, la distancia entre este profesional no-reflexivo (en sentido axiológico) y un computador suficientemente neutral pero meramente instruccional, es mínima y desencantadora. Hablar de profesionalización docente implica más autonomía profesional en función de la racionalidad que subyace en los procesos de generación de conocimientos, es decir, privilegiando conocimientos (o saberes) que emergen de una práctica reflexiva, emancipadora e ilustrada. En este terreno, la investigación-acción tiene mucho que aportar.

e. Lo que se está resaltando, en definitiva, es que el propio educador constituye el principal instrumento de conocimiento y análisis reflexivo de la realidad educacional. Es el propio educador, como sujeto con referencia a valores, quien aplica los procedimientos adecuados para producir un saber suficientemente riguroso, pertinente y legitimado. Es aquí donde tiene sentido apelar a su intuición, a su experticia, a su "ojo clínico", a su madurez profesional, para configurar un nivel de profesionalización docente capaz de sobrellevar las contradicciones y exigencias de la modernidad.

f. Finalmente, sigue pendiente la tarea de dotar de un sentido más profundo al quehacer pedagógico. Como hemos enfatizado previamente, la Pedagogía no puede permanecer - con excusas de neutralidad axiológica - desconectada de los problemas sociales y educativos de América Latina. Tampoco se le puede atribuir responsabilidad anti-democrática a la ciencia, al menos a la ciencia no tradicional. Con todo, el desafío permanece: contribuir activamente con la anhelada modernización y democratización del país.

BIBLIOGRAFÍA.

- Adán, J. (1990). "Acercamiento a la Metodología de Max Weber". Revista de Sociología. Universidad de Chile. Nº 5.
- Bazán, D. (1995). "Sobre el Autocuestionamiento y la Epistemologización de la Psicopedagogía". En: Careaga, R., ed. Desafíos y Dilemas de la Psicopedagogía. Santiago, Bravo y Allende Editores.
- Berman, M. (1987). El Reencantamiento del Mundo. Santiago, Cuatro Vientos Ediciones.
- Bourdieu, P. (1975). El Oficio del Sociólogo. México, Siglo XXI Editores.
- Cerda, H. (1994). La Investigación Total. La Unidad Metodológica en la Investigación Científica. Mesa redonda. Santafé de Bogotá. Ed. Magisterio.
- Cousiño, C. (1990). Razón y Ofrenda. Cuadernos del Instituto de Sociología. Universidad Católica de Chile. Santiago.
- De Hernández, J. y Anello, E. (1994). Investigación Participativa. Bolivia, Universidad Núr. Instituto Superior de Educación Rural.
- Ibáñez, J. (1991). El Regreso del Sujeto. Santiago, Amerinda Estudios.
- Moreno, E. (1988). Max Weber: Algunos Aportes y Desafíos. Santiago, Atena.
- Opazo, J. (1990). "Vigencia de Max Weber". Revista de Sociología. Universidad de Chile. Nº 5.
- Reyes, R. (1983). La Voluntad del Fragmento. Madrid, Akal Editores.
- Ritzer, G. (1993). Teoría Sociológica Clásica. Madrid, McGraw-Hill.
- Sierra, R. (1984). Ciencias Sociales. Epistemología, Lógica y Metodología. Madrid, Paraninfo.
- Weber, M. (1988). La Teoría de las Ciencias Sociales. Santiago, Ed. Ercilla.
- Weber, M. (1977). La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo. Barcelona, Ediciones Península,